

EDITORIAL

La tradición cristiana antigua se fue estructurando socialmente sobre el molde imperial romano. Esta relación profunda entre la ideología predicada por Jesús de Nazareth, materializada en los textos de la Escritura neotestamentaria, con la lógica política y estructura social desarrollada entorno al *mare nostrum* consolidó la identidad de la comunidad eclesial de la Iglesia católica. Este proceso fue liderado y afianzado a través de la gestión de personajes de alta cultura clásica que con un profundo afecto al evangelio dedicaron sus esfuerzos por difundir el mensaje cristiano entre los ciudadanos de todo el orbe romano. El ejercicio intelectual a nivel escrito y oral de estos personajes de diversas regiones, culturas y lenguas fue consolidando y afianzando los valores cristianos sobre la sociedad romana y la filosofía griega. De esta manera, al final de la antigüedad tardía, en los albores del medioevo, los conocidos Padres de la Iglesia habían ya consolidado una estructura que heredaría occidente a lo largo de un período importante y prolongado consolidándose fuertemente en las raíces de la cultura del hemisferio occidental y que luego se extendería hasta las tierras más allá del Atlántico.

El vínculo entre la revelación cristiana y las necesidades de los hombres ha sido un camino claro y eficiente en el proceso de conversión de los pueblos. El depósito de la fe es la fuente inagotable del mensaje divino a los

hombres, que se actualiza continuamente en la lectura e interpretación de este en cada contexto y momento particular. El oficio de los discípulos de Jesucristo es difundir y extender las palabras del mesías hasta los confines de la tierra, trabajo que han efectuado con devoción bajo el impulso del Espíritu santo. En la antigüedad lo hicieron llegando hasta los confines del imperio y en las regiones de oriente; pasado el medioevo comenzaron los esfuerzos por llevar el mensaje hasta los confines de oriente y con el descubrimiento del nuevo mundo también se llevó al continente amerindio. Es decir, que en la medida en que los canales de comunicación y transporte han permitido un desplazamiento geográfico, en la misma proporción se ha transmitido el evangelio a todos. Esto ha permitido que el crecimiento y desarrollo histórico haya estado acompañado de la predicación con mayor impacto en occidente, donde tuvo más acogida, pero siempre presente en todos los confines de la tierra.

La lectura de los pasos de la Escritura no es siempre de fácil comprensión. El ejercicio hermenéutico sobre los libros de la revelación demanda un esfuerzo de profundización y meditación para extraer el significado profundo y atesorado en ellos. Esto ha hecho que en cada cultura la lectura de tales textos sea plural, orientada en ocasiones por las necesidades o interrogantes propios de cada pueblo, generando variedad de escenarios y posibilidades de propuestas de comprensión del mensaje divino y su difusión.

La interpretación depende estrechamente de los contextos y momentos en que se realiza, en ellos influyen los problemas coyunturales, los retos y desafíos, los miedos y las problemáticas, que captan la atención primaria de los intérpretes. Sin embargo, la exégesis bíblica responde

y ofrece un mensaje sólido y claro a los hombres en todas las situaciones atendiendo temas incómodos como la pobreza, la guerra, la corrupción, la enfermedad, el dolor y la muerte; ofreciendo e infundiendo virtudes y valores espirituales que fortalecen y consuelan el espíritu del hombre para inspirarlo y motivarlo a construir permanentemente un mundo mejor para las personas a través de la fe, la esperanza, la caridad, el perdón, la generosidad, la misericordia y la solidaridad.

En esta perspectiva, los estudios e investigaciones en campos vinculados con los estudios de la tradición hermenéutica bíblica contribuyen en el reconocimiento del fortalecimiento del espíritu histórico de la creación que se mueve continuamente en la dinámica de encontrar alternativas más eficientes y naturales para favorecer e impulsar una consolidación de los valores y fortalezas comunes en el horizonte de la caridad de los hijos de Dios.

Luis Alejandro Acevedo Torres, (Mg)